

## LA ISLA DE LOS NIETOS DEL SOL

El avión de la Olympic cruza como el perro alado de Zeus por una atmósfera increíblemente traslúcida. Entre el azul celeste y el azul marino, el espacio de cristal repite como un espejo la alegría del color y aquí lo hace más denso, más redondo, como si se abriera el corazón de una turquesa. Desde la ventanilla se divisan las islas con sus esfuminos calcáreos y los verdes oxidados que las circundan. Islas de ágata y de oro descaecido, entre los errantes retornos de la espuma del sagrado archipiélago. Estamos ya casi sobre las viejas Espóradas y una línea oscura en el horizonte denuncia los perfiles de Anatolia.

Extraordinario movimiento en el aeropuerto. Un escuadrón de soldados y altos dignatarios eclasiásticos, esperan al metropolitano de Atenas, que desciende con gran solemnidad y pasa revista a las tropas. De repente se forma un tumulto entre los asistentes, y vemos cruzar en hombros, un hombre pequeñito que saluda y hace grandes demostraciones. Según se nos informa es un importante político de la isla que ha sido designado ministro. El mar penetra con sus grandes bocanadas radiantes. El público saluda entusiasmado a su héroe en un lado, mientras frente al avión se suceden los grandes besamanos. Una ceremonia no interrumpe a la otra, más bien se desconocen, como partiendo en dos la vida de la actual sociedad griega. Por lo mismo que no es antiguo, Rodas seduce con su encanto desde el primer momento. Una Edad Media deliciosamente falsa, nos recibe con un cielo esplendoroso

que reverbera en sus piedras leonadas. Para mí no sé que tiene de sueño de la adolescencia con el Santo Grial y las espadas verticales de los cruzados. Un poema con el que habría que convivir mucho tiempo para desentrañarle sus secretos. Ojivas, torres almenadas, murallas y un bacanal de colores: el más desordenado placer para los ojos.

De acuerdo con los lugares el tiempo madura su ruina dentro de nosotros. Su ilusión tiene los trajes que le ofrecen los distintos caminos: el traje de la introspección, el traje del deseo, el traje de la alegría. De afuera a dentro y viceversa. A veces nos da vuelta y sentimos palpitar las entrañas en el espacio externo. Somos espacio nada más y la ilusión se hace patente: adquiere volúmenes, sonoridad, el alma se distiende como decía El Africano. Esto pienso cuando oigo las carcajadas de Helena que se desatan por los más fútiles motivos. La alegría me contagia y me da ese vuelco que deja al otro lado la reflexión. No soy más que ojos, oídos, paladar, tacto. Espeso imperio de los sentidos. Un dios loco ha transtornado los colores y el fuego es azul, el mar tiene coloraciones de madera y el vino resplandece como un espejo de alquitrán. Devoramos calamares fritos de carne delicada y fragante. A los lejos se divisa el Fuerte de San Nicolás, pequeño, replegado sobre sí mismo, con una torrecilla circular en el centro desde donde se alza la aguja del faro; allí estuvo el Coloso, se dice. Dos columnas escoltan la entrada del puerto, en una de las cuales un ciervo embiste el mediodía con su fina cornamenta de bronce.

Después de una corta siesta empezamos a recorrer la ciudad, nos adentramos por sus torcidas callejas empedradas. La calle de los Caballeros y sus arcos de piedra que se empujan hasta el Castillo del Gran Maestre, parece un largo cauce de sombra cubierto por un techo de luz que se desborda. El castillo está rodeado de pinos esbeltos y de mirtos. En una de las paredes de la entrada hay una inmensa placa de mármol, en la que se cantan las glorias de la era fascista y la grandeza del Duce. Después los amplios salones y los corredores. Nos perdemos en la ciudad vieja. Ahí empieza el Asia. Edificios cuadrados, minaretes, burbujas de piedra. Un pequeño cementerio turco con sus lápidas verticales, coronadas por pequeños turbantes de mármol e inscripciones con la hermosa grafía del árabe. Una plaza con una fuente en el centro en donde picotean las palomas y una mezquita que

proclama silenciosa los interminables nombres del Altísimo. Quizás es ya el principio de la maravilla.

Porque eso es lo que buscamos en los viajes: la maravilla. El encuentro del universo con nosotros y las preguntas exactas que nos permitan iniciar el diálogo. La maravilla está, pues, en la conformidad de nuestra realidad con la realidad de algún lugar del mundo al cual nos adaptamos y el cual se convierte en nuestra propia fantasía, en el laberinto único que puede integrar todas las disociaciones de que estamos hechos. Es como si hubiéramos estado acumulando los materiales para la elaboración de un gran cuadro y de repente percibiéramos su plan en todos los detalles. Todas nuestras relaciones anteriores, nuestro mundo interior, se integra con esta conmoción nerviosa de la retina absorta, que pone en movimiento las compuertas en los sótanos del pensamiento, para que oigamos de repente una voz, nuestra voz, dando el verdadero nombre a las cosas que nos circundan. Es el regreso al paraíso, al universo perdido, cuando el Espíritu flotaba sobre las aguas y tomó el designio de poner orden en el caos. Es como llegar a una verdadera comprensión de la existencia en la que se nos revelan la belleza y el terror en un solo relámpago, en una sola explosión que conmueve todos nuestros estratos interiores.

Por la ciudad vieja vamos de la mano Helena y yo, visitamos los puestos de fruta, las tiendas de antigüedades, las cerradas casas turcas con sus enrejados de madera. Al fondo de la calle hay un minarete que sobresale entre los árboles. Después los jardines florecidos con el hibisco, la rosa de Rodas y, de nuevo, las murallas, los alcázares, las altas puertas que desembocan en el mar con sus almenas corroídas. Soñamos el sueño del traspaso entre dos mundos que se han combatido y que mutuamente se desprecian y se odian desde lo más profundo de sus cubiles sin alma. La espada del cruzado y la cimitarra frente al mar del honor; la Cruz y la Media Luna sobre el dombo, o la gótica torre entre los rododendros y las adelfas y la palpitación de las diosas en las ensenadas. Un mundo alucinante y transitorio en donde copulan los dragones y las aves del paraíso se transparentan en las linternas mágicas de los tapices. La historia habla debajo de nuestra piel con un susurro súbito, que produce un escalofrío semejante al que nos puede causar el cascabeleo de una serpiente.

Visitamos la divinidad rodia en el museo. Es una Venus diminuta y graciosa. Tiene una rodilla en tierra y se vuelve hacia el

visitante para mostrar el esplendor de sus pechos, con las manos desplegando la cabellera como si fuera una ofrenda. Pequeñita y sensual con la piel aterciopelada por los armonios marinos. La verdadera Venus nacida de las aguas, de la espuma, de los vaivenes eternos, como la pura música y el lenguaje del mar y su alegría adolescente. Su contemplación produce los efectos de un vino.

Al día siguiente viajamos a Lindos. Lindos fue un nieto del sol que tuvo dos hermanos, Ialysos y Camiros, los cuales se dividieron el poder y dieron su nombre a sendas ciudades. Rodas fue su abuela de quien se dice que fue hija de Poseidon y honor de la isla. El automóvil nos deja en las puertas de la ciudad resplandeciente con blancura deslumbrante. La acrópolis queda en el acantilado cuyo perfil vertical cae al mar, desde una altura de unos doscientos metros; para llegar hasta ella es necesario descender por callecitas estrechas y fatigantes escaleras. Las ruinas se ven muy lejos, casi flotando sobre el puerto, desde el rojo espolón que combate el cielo violentamente.

En la plaza hay un equipo de burros que utilizan los visitantes para recorrer el espacio que va del pueblo al pie de la acrópolis. Helena y yo montamos los preciosos animales que tienen guirnaldas de flores en la cabeza. Casas de piedra de un solo piso a lado y lado de las callejas por donde apenas pueden pasar las cabalgaduras. El paisaje es impresionante con el mar y sus convulsionados azules salpicados de exultantes arrecifes. La roca cuelga su brusco plano que resplandece con líneas de yodo y placas sangrientas. El cielo, más azul que el mar, cortado en escuadra por el terso acantilado. Se oye el ruido de las olas y el estallido de sus pétalos de diamante. En la cima los patios soleados, las escalinatas magníficas, las columnas dóricas con su enhiesta blancura. Cualquier descripción sería presuntuosa y si de algo se puede hablar es de la felicidad que el espectáculo proporciona. Para fortuna nuestra el dueño de los borricos, quien nos acompañó todo el tiempo para indicarnos el camino y que hablaba en una forma torrencial en un griego salpicado de palabras y frases en inglés, nos ha dejado al pie de la acrópolis, en el lugar donde se continúa el ascenso por medio de escalas talladas en la piedra. Como en Festos, la vastedad silenciosa de la cumbre nos ha pertenecido por entero. A pesar de que Helena comentó jovialmente algunos incidentes con su burro, poco a poco se fue dejando invadir por el silencio hasta quedar absorta casi

echada de bruces sobre las grutas del añil fosforescente de contraluz al sol náufrago.

En una hora recorreremos los 56 kilómetros que separan a Lindos de Rodas por la carretera que sigue la costa, que cruza hermosos pueblecitos entre jardines y madroños agobiados de bayas bermejas. Todas las leyendas que se relacionan con estos parajes están teñidas de sangre y de muerte: los piratas turcos, los cruzados, y mucho antes los helenos, los fenicios, y más lejos aún los aqueos, los troyanos y otros pueblos de los que no tenemos memoria alguna en los confines del paleolítico. Sobre las cercanías del tiempo escuchamos la lucha de los griegos contra los italianos, contra las tropas germanas. Habría que utilizar millones de palabras para contar esta historia, pero ni siquiera los habitantes de la isla están interesados en tan estéril empresa. La tarea es volver a su equilibrio la magia que ha perturbado el hombre con sus pretendidas hazañas. De nuevo el jardín y sus esmaltados sodíacos de todos los colores, sus constelaciones de margaritas, sus nebulosas de violetas engastadas en las grandes pleuras marinas.

El paisaje es un bálsamo para el corazón. No quisiera abandonar este azul cuyo abecedario trato de balbucir y cuyo recuerdo me da la impresión de haber conocido otra existencia. Vivimos tan desesperados que a veces pienso que es necesario vaciar todo el olvido hasta que se convierta en una costra inexpugnable sobre ese color delicado que me dio tanta felicidad. Quizás, a la hora de un cataclismo del alma, lo recobre.

## MONOLOGO DEL SUICIDA\*

A Carlos y Carmen Dupuy

### I

Mira que exhalarás mi nombre  
Más que la miasma del estiércol de las aves  
En días estivales, cuando arde el cielo.  
Mira que exhalarás mi nombre  
Más que un pescadero  
En el día de la cojienda, cuando arde el cielo.  
Mira que exhalarás mi nombre  
Más que la miasma del estiércol de las aves,  
Más que el refugio de un zarzal  
que alberga pájaros anfibios.

\* Este *Monólogo* es en realidad un diálogo —el más elocuente de la literatura egipcia— en que un hombre discute con su alma el derecho de tomarse la vida. Los tres fragmentos incluidos aquí, que constituyen la temática más congrua del texto, datan del tercer milenio antes de Cristo. En el primero, el poeta exhorta a su alma sobre la indignación que le causaría una posible refutación al suicidio, en el segundo se duele de su soledad y de la decadencia moral que le circunda, expresando finalmente, en una hermosa invocación, su añoranza por la muerte. Escrito en la época de transición del Imperio Antiguo al Imperio Medio, este poema describe la angustia de un hombre que contempla con desespero la vigente crisis de valores, sin hallar esperanza en el horizonte del porvenir. Publicado en Alemania por el paleógrafo A. Erman en 1896, ha sido traducido aquí de la versión inglesa elaborada por John A. Wilson para el libro *Ancient Near Eastern Texts* ensamblado por James B. Pritchard y editado en la Universidad de Princeton en 1955.

